



No hay forma de evitar los costos de oportunidad: enfrentando la segunda ola

Documento traducido escrito por Adam Oliver profesor asociado en el Departamento de Política Social, del London School of Economics. Para consultar original hacer click [aquí](#).

Mientras que una segunda ola del COVID-19 golpea a Gran Bretaña, algunos argumentan que es necesario un mayor confinamiento. Adam Oliver (LSE) advierte que, si bien la gente tiende a concentrarse en el peor de los casos, muchas personas en las democracias liberales no aceptarán restricciones en la forma en que viven sus vidas de manera indefinida.

Hace varios años, al reflexionar sobre la respuesta del gobierno del Reino Unido a la pandemia de gripe porcina de 2009 (N1H1), escribí:

“... Las pandemias son bastante raras, pero desafortunadamente, esto significa que no es posible estimar con precisión la probabilidad de que ocurra una amenaza grave. Por eso, en parte, el gobierno respondió como si la grave amenaza se materializara. Sin embargo, si se puede hacer una suposición informada, sobre la base de la experiencia pasada, sobre la posibilidad de que se materialice la amenaza grave, digamos, el 25%, entonces el gobierno tendría que responder cuatro veces para cosechar los beneficios de abordar una amenaza grave una vez. Por lo tanto, el lado del costo tendría que multiplicarse por cuatro, e incluso entonces esto no tendría en cuenta las consecuencias no deseadas más amplias asociadas con el miedo, la desensibilización, etc. Por supuesto, es posible que una respuesta del 'peor caso' a cada pandemia sí represente un buen uso de los recursos, y, en cualquier caso, puede ser el tipo de respuesta que la mayoría de los responsables políticos y el público en general quieren ver, pero ambas consideraciones requieren más análisis y discurso público. Sin embargo, una idea más aleccionadora es que incluso la respuesta más agresiva podría resultar ineficaz contra las inevitables pandemias catastróficas que se avecinan”(Oliver, 2013, págs. 29-30).

Cuando el COVID-19 comenzó a aparecer en los titulares a principios de 2020, hubo quienes en la comunidad de las ciencias del comportamiento sugirieron que los procesos psicológicos humanos, como la sobreponderación de pequeñas probabilidades, la pérdida (exacerbada por el miedo), la aversión, los efectos en cascada, etc. , significa que cuando surge la amenaza de una pandemia u otro posible evento catastrófico, la gente tiende a concentrarse en el peor de los casos. En términos evolutivos, esto puede, en cierto sentido, ser racional: puede alimentar el instinto de supervivencia. Pero en las sociedades modernas, donde los gobiernos están encargados de proteger los valores e intereses de la sociedad y de gastar el dinero público de manera inteligente, una respuesta mesurada de aquellos que lideran que reprime la necesidad de entrar en pánico podría ser típicamente más sensata.

Posteriormente, por supuesto, esta pandemia, y las respuestas a ella, por diversas razones, han demostrado ser catastróficas, y los científicos del comportamiento que sugirieron que el temor inicial podría resultar injustificado han sido ridiculizados; pero esos científicos del comportamiento tenían razón. La gente tiende a concentrarse en el peor de los casos en estas circunstancias, y el peor de los casos no suele suceder en última instancia. Por lo tanto, si un gobierno siempre responde



como si ocurriera lo peor, entonces, como traté de explicar en mi reflexión sobre la pandemia de gripe porcina, la mayoría de las veces ese gobierno desperdiciará una gran cantidad de recursos. Sin embargo, en algunas ocasiones, ocurrirá el peor de los casos, lo que justifica plenamente la respuesta del gobierno.

Muchos de los que predijeron a principios de 2020 que la pandemia actual causaría grandes daños ahora son etiquetados como Nostradamuses modernos, pero en realidad simplemente tuvieron suerte (si podemos usar ese término en este contexto). Si las pandemias anteriores son una guía adecuada, entonces la mayoría de las veces, sus predicciones habrían sido incorrectas. Sin embargo, a medida que avanza una pandemia, por supuesto se recopilan más pruebas, lo que hace que las predicciones sean menos inciertas y que el gobierno sea más responsable de sus acciones. Por ejemplo, el gobierno del Reino Unido siguió gastando una enorme cantidad de dinero público y, en consecuencia, distorsionó las prioridades de manera inapropiada, incluso después de que se supo que el brote de gripe porcina de 2009 no representaba una amenaza extrema. Quizás en parte como consecuencia,

La segunda ola de la pandemia que nos ha golpeado este otoño ha traído consigo una segunda ola de incertidumbre casi total. Todavía no sabemos si la tasa de infección continuará a un ritmo creciente, e incluso si lo hace, si la tasa de mortalidad seguirá su ejemplo. Sin embargo, muchos temen lo peor y, de hecho, los principales oficiales científicos del gobierno, tal vez molestos por las críticas de que reaccionaron poco al principio de la pandemia, han querido resaltar un escenario peor. Quizás ellos mismos temen que un número insuficiente de personas estén ahora dispuestas a creer que sucederá lo peor y, por lo tanto, están tratando de incentivar a esas personas para que mantengan o modifiquen sus patrones de comportamiento para asegurarse de que no suceda.

¿Qué tan estrictas deberían ser las medidas para contener la segunda ola? Un movimiento hacia el bloqueo total sería catastrófico para los medios de subsistencia de las personas y el modo de vida en general, y tal vez innecesariamente, si en cualquier caso no se produjera un aumento significativo en la tasa de mortalidad. Sin embargo, el no actuar bien podría hacer que muchos de nosotros perdamos a nuestros seres queridos antes de lo que podríamos este invierno, o que nuestros seres queridos nos pierdan. Es más probable que las personas mantengan comportamientos como lavarse las manos, usar mascarillas y el distanciamiento social, y tolerar medidas más duras como los encierros completos siempre que crean que la situación es mala, pero muchas de estas medidas (excepto quizás el lavado de manos) vienen con , costos variados y potencialmente profundos y, por lo tanto, como mencioné anteriormente, los posibles daños evitados de estas medidas deben sopesarse con estos costos.

A pesar de todas estas incertidumbres, me parece claro que las personas en las democracias liberales no aceptarán restricciones en la forma en que viven sus vidas indefinidamente, no solo porque sea malo para su propia salud financiera, física y mental, o el consecuente daño que hace a los servicios públicos, sino porque socava quizás lo más importante de todo: su libertad.